

RODERIC CAMP

## LAS ÉLITES MEXICANAS

### BIOGRAFÍA COLECTIVA Y RETRATO

PRIMERA DE CINCO PARTES

TRADUCCIÓN DE GABRIELA CASTILLO

**N**UESTRA CURIOSIDAD POR los líderes políticos, intelectuales, militares, empresariales y religiosos surge en parte de un deseo secreto de saber cómo los ciudadanos comunes diferimos de quienes nos dirigen. Esta fascinación por dichos grupos ha alcanzado su nivel más vulgar en la popularidad lograda por un nuevo programa norteamericano de televisión atinadamente titulado "el estilo de vida de los ricos y famosos". En un plano más sofisticado, el comportamiento de los grupos dirigentes no sólo tiene algo que ofrecer a quienes persiguen intereses escandalosos, sino que también sugiere algunos temas estimulantes desde una perspectiva intelectual. En particular, es posible afirmar que el comportamiento de la élite es producto de la sociedad a la que dirige. De igual manera, los valores y actitudes sociales se forman, en parte, gracias al comportamiento de la élite.

Existen múltiples técnicas para explorar las características de los grupos dirigentes. Numerosas son las fuentes de donde puede extraerse información acerca de estos individuos. Es común que uno se entere de muchas cosas por medio de una aguda y erudita biografía, o gracias al sujeto mismo, conforme éste describe una experiencia vital desde una perspectiva autobiográfica. Los estudios individuales son fascinantes pero ofrecen muy poca penetración en lo que respecta a las características de generaciones enteras, o de tipos específicos de líderes. La biografía colectiva es sencillamente una herramienta para duplicar la información acerca de varios líderes y para determinar su influencia como grupo más que como individuos.

Como método, la biografía colectiva no es sólo una forma de reunir información biográfica acerca de personas específicas, si bien esto en sí mismo constituye un recurso extremadamente útil. La biografía colectiva depende también de los documentos escritos por los diferentes líderes y de la literatura biográfica y autobiográfica disponible. Además, si se emprende una investigación sobre líderes vivos, las entrevistas orales complementarán la documentación escrita, brindando con ello elementos no disponibles en cualquier otra parte. Un buen biógrafo colectivo, como uno tradicional, debe sentir simpatía por sus sujetos. Los datos no deberían nunca imponerse a las interpre-

taciones, más bien, las interpretaciones deberían tratar de explicar los datos.

La mayor contribución de una biografía colectiva para el conocimiento de las élites es su capacidad para captar el panorama general, y lo que es más importante, para percibir las tendencias pasada, presente y futura. Tras dos décadas de examinar a los líderes mexicanos, examen que recientemente hemos extendido para abarcar los últimos años del siglo XIX, empieza a surgir cierto número de patrones. Entre ellos, tres de los más interesantes son: la creciente burocratización de los grupos dirigentes mexicanos, la tendencia hacia una centralización creciente y decreciente de estos grupos y la institucionalización de su capacitación y educación. Cada uno de estos tres patrones está íntimamente ligado al otro y cada uno sugiere las fuerzas y debilidades de los grupos dirigentes significativos.

Conforme se moderniza una sociedad, la institucionalización de sus estructuras se vuelve más patente y formal. Esta institucionalización creciente es en parte el resultado de una población en expansión que la sociedad debe gobernar. Los teóricos en materia de organización explicarían esta tendencia como la respuesta a un problema de dirección. En otras palabras, los líderes crean estructuras para contribuir al proceso de control de grandes poblaciones.

La burocratización, es decir la institucionalización de las estructuras informales, tiene muchas consecuencias para una sociedad. En el caso de México, la pregunta más importante a que da lugar es ¿en qué medida fomentan los patrones institucionalizados de conducta una separación entre los grupos dirigentes y aquellos a quienes gobiernan? En segundo lugar, ¿acaso la institucionalización de la élite no ha excedido la del ciudadano en general? Y, finalmente, ¿acaso no ha creado la institucionalización una élite dentro de otra élite?

La biografía colectiva sugiere varias respuestas significativas a estas preguntas. En primer lugar, durante el último siglo, se han dado dos clases de patrones profesionales incompatibles dentro de los diferentes grupos de élite. La élite tradicional, informal, relativamente poco institucionalizada, que podría decirse que se hizo por sí sola. Una élite que se hizo a sí misma está compuesta por individuos que asumen

un papel de líderes o que son aceptados como tales por sus compañeros sobre la base de sus logros. En el mundo de los negocios, dicho líder era un empresario, alguien que aceptó arriesgarse, que acumuló modestas cantidades de capital y que con atrevimiento, imaginación y habilidad, crea un imperio económico. Muchos de estos mexicanos eran grandes terratenientes que se dieron cuenta de que el comercio y la manufactura, no la agricultura, ofrecerían recompensas económicas más cuantiosas. Contaban con una buena formación para su tiempo, si se la compara con la del grueso de la población. Gran parte de estos futuros empresarios trabajaron para otros hombres de negocios, o bien tenían ya un negocio propio siendo adolescentes. Conforme fueron creciendo sus negocios, tendieron a contratar a sus parientes, ya fuese de la propia familia ya de la familia de la esposa, para controlar sus recursos.

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, en lo que a política se refiere, el México rural, que daba cuenta de la amplia mayoría de la población, sirvió como campo de prácticas a los futuros líderes políticos. Muchos de ellos actuaron como jefes políticos de varios distritos, participaron en la política local como presidentes municipales y como legisladores estatales y trabajaron en las administraciones estatales. Sus antecedentes eran más bien variados, aunque como grupo tenían una buena formación, mucho mejor que la de los empresarios, pues en su mayor parte provenían de pueblos y comunidades más grandes, y buena parte de ellos optaba por la carrera militar en la guardia nacional.

En México, las guerras han tenido un efecto significativo en la jefatura política. La influencia obvia se da en la jefatura misma. Los veteranos de las batallas en contra de la invasión norteamericana, del conflicto entre liberales y conservadores y de la ocupación francesa dominaron la política mexicana bajo el régimen de Porfirio Díaz. La revolución de 1910 produjo consecuencias similares, aunque no de tanta amplitud, entre los líderes políticos, durante las décadas de los veinte y los treinta. La influencia menos obvia pero quizá con mucho la más importante de estos violentos acontecimientos fue la diversificación a que dieron lugar en la jefatura mexicana, condición que por corto tiempo revirtió la institucionalización del reclutamiento político. Las guerras constituyen una fuente rica en líderes que se han hecho a sí mismos. Hombres como Obregón, Calles y Cárdenas, que demostraron sus habilidades durante la revolución, optaron por la política. Algunos de estos individuos, y muchos de sus colaboradores de guerra, probablemente no hubieran hecho de la política una carrera sin sus experiencias como soldados.

Antes de la revolución mexicana, la jefatura política se había vuelto muy homogénea. Conforme iban muriendo los colaboradores de guerra de Díaz, eran sustituidos por una jefatura civil bien preparada, de clase media y urbana, no muy diferente en estas características de la actual dirección política de México. La guerra tiene un influjo democratizador, pues introduce accidentalmente a individuos que en circun-

tancias normales no habrían tenido acceso a posiciones de influencia política.

Sin embargo, lo que resulta asombroso considerando la duración, intensidad y significación de la revolución de 1910, es que el efecto de ésta en los patrones de liderazgo es relativamente menor. En otras palabras, los patrones de institucionalización iniciados durante el régimen de Porfirio Díaz siguen siendo válidos después de 1920.

La burocratización de la élite en cualquiera de sus campos, ya sea político, militar, religioso, intelectual o económico, produce la misma consecuencia: la creación del administrador de carrera y la importancia que se le atribuye. Dicho de otra forma, cada campo se inicia con líderes "naturales", individuos que no son producto de las instituciones. Conforme se burocratiza un campo, el líder del "cuerpo administrativo", el individuo que ha hecho carrera dirigiendo a la institución o a la burocracia misma, crece en importancia. Con el tiempo, el líder del cuerpo administrativo sustituye al líder natural en poder y prestigio.

Por ejemplo, en el ejército esta división es muy patente. Como lo señalaría cualquier estudiante de la historia de la Segunda Guerra Mundial, en aquella época había oficiales de combate y oficiales del estado mayor. Dos ejemplos notables de estas dos categorías fueron George Patton y Dwight Eisenhower. Ambos fueron famosos generales. Patton pasó gran parte de su carrera en el campo de batalla, guiando unidades de combate. Por otra parte, aunque Eisenhower tenía experiencia bélica, sus logros más memorables fueron de tipo organizativo. Las sociedades modernizadas, y las instituciones a que han dado lugar, valoran más los talentos organizativos que las habilidades bélicas que son menos predecibles aunque con frecuencia muy innovadoras.

Puede hacerse una analogía similar en el caso de la política mexicana. Algunos de nosotros empezamos a llamar tecnócratas, y luego tecnócratas políticos, a individuos que en esencia son políticos del "estado mayor", hombres que han pasado toda su carrera organizando recursos y burócratas para lograr objetivos de política. Estos burócratas de carrera, como lo he demostrado en repetidas ocasiones, son quienes mayor éxito tienen en la obtención de puestos políticos de alto nivel, incluso la presidencia misma. El líder "natural", o el político que surge del pueblo y que hasta cierto punto es elegido por sus compañeros, está desapareciendo rápidamente del escenario político mexicano, en particular a nivel nacional.

En el pasado, las guerras civiles y la revolución alimentaban periódicamente a la jefatura mexicana con un flujo de líderes naturales. La violencia podría nuevamente repetir este proceso, pero es probable que altere también toda la estructura del proceso político. Un medio alternativo de reintroducir al líder natural en la política mexicana sería abrir el sistema político. Mientras más autoritario sea el proceso político, más homogénea será su jefatura. En otras palabras, la democracia y la competencia política alterarían la naturaleza misma de la jefatura mexicana y de nuevo subrayarían la importancia de contar con diferentes

habilidades políticas. En lugar de que las capacidades organizativas fuesen prioritarias, las habilidades políticas humanas resurgirían como preeminentes.

La institucionalización de las estructuras de mando se ha visto acompañada de una centralización creciente. Una de las razones de esto es la tecnología. La sofisticación en las comunicaciones y el mejoramiento del transporte han superado las barreras geográficas y las que opone el regionalismo cultural. Asimismo, los empresarios han dejado atrás su perspectiva regional para adoptar una orientación nacional en respuesta a algunas necesidades muy específicas. De hecho, dada su relación simbiótica con el Estado mexicano y dada la creciente centralización del poder y de los recursos públicos en la ciudad de México, los empresarios no podían permanecer aislados en Monterrey, Guadalajara o cualquier otra parte fuera de México. Formaron organizaciones como el Consejo Coordinador Empresarial para que representaran sus intereses ante el gobierno. Dentro del sector privado, sus demandas de capital excedieron los recursos de sus comunidades locales. Formaron grandes grupos industriales unificados para abastecerse de productos complementarios y de mayores recursos.

El único grupo que ha resistido esta centralización, la única élite incorporada a una estructura institucional supranacional es el clero mexicano. Debido a sus lazos directos con el Vaticano, es posible afirmar que constituye el grupo más centralizado. Sin embargo, dentro del contexto mexicano, su jefatura, en términos de experiencia y origen, es la más descentralizada. El patrón clásico que sigue todo obispo mexicano es el de ser nombrado para la diócesis de donde es originario. Y lo que es más importante, muy pocos obispos prestan sus servicios en la arquidiócesis primada en la ciudad de México, como tampoco son por lo general reclutados desde la capital. En consecuencia, es usual que pasen toda su carrera en provincia, no en la ciudad capital.

El grupo dirigente que más se asemeja en estructura al clero es, curiosamente, el ejército mexicano. El ejército está dividido en varias zonas militares, dentro de las cuales existen numerosas guarniciones, comparables a la diócesis y parroquias de la Iglesia. En ambas instituciones, las autoridades centrales toman las decisiones relativas a quién deberá ocupar estos importantes puestos regionales. En ambas instituciones, el equivalente del líder del cuerpo administrativo es un individuo muy sobresaliente. En el sector militar mexicano, los oficiales más sobresalientes han prestado sus servicios en un puesto administrativo a nivel nacional en la Secretaría de la Defensa Nacional, y son ellos justamente quienes toman las decisiones relativas a los ascensos. En la Iglesia, los obispos parecen ser los discípulos de otros obispos, al igual que existen oficiales superiores y subordinados en las fuerzas armadas. Sin embargo, a los sacerdotes se les reconocen sus contribuciones a la diócesis en que prestan sus servicios y el que no hagan de cualquier burocracia nacional una prioridad.

La "trayectoria académica y profesional" formal constituye una parte del proceso, más amplio, de bu-

rocratización. Un derivado natural de la modernización, cuando ésta ocurre, ha sido una educación cada vez mayor. En este último siglo, ningún grupo dirigente en México se ha formado por sí solo. Cada uno de estos grupos ha recibido una educación formal a niveles mucho más altos que el ciudadano común. No es de sorprender que, conforme avanza la modernización en México, el nivel de la educación se haya incrementado desde el grado secundario hasta el profesional e incluso hasta los cursos de posgrado. Pero más importante que el nivel de educación son tanto el tipo de educación de élites como su ubicación.

La ubicación de la educación de élites dice algo acerca de las experiencias que los líderes comparten entre sí y acerca de las que comparten con el resto de los mexicanos. Es característico que los líderes mexicanos en cualquier terreno se hayan educado en una diversidad de instituciones a nivel provincial, en particular durante el siglo XIX. En el caso de los políticos y de los intelectuales, los institutos regionales de ciencias y artes, o sus equivalentes, eran lo más común. En lo que respecta a los líderes religiosos, y a una importante minoría de intelectuales, dominó el seminario de provincia. Los hombres de negocios y los líderes militares originalmente asistieron a escuelas públicas y escuelas privadas seculares, pero gran parte de su capacitación profesional tuvo lugar en la práctica.

La educación empieza a incorporarse al proceso más amplio de institucionalización conforme las élites seleccionan cada vez más instituciones similares para su capacitación. En el caso de los políticos, la creación de una Escuela Nacional Preparatoria y consecuentemente la reorganización de la Universidad Nacional ofrecen centros institucionales para la preparación y formación de generaciones de políticos. En lo que respecta a los militares, el Colegio Militar Nacional del siglo XIX es sustituido por el Heroico Colegio Militar en el siglo XX. Durante las dos últimas décadas, ningún oficial militar ha alcanzado el grado de general de brigada sin haberse graduado en una academia militar. En pocas palabras, las fuerzas armadas han brindado a todos sus líderes una experiencia única y unificadora.

Con excepción del clero y de los militares, quienes se formaron en escuelas iniciadas por ellos mismos, y operadas por sus propias burocracias, los otros tres grupos, intelectuales, políticos y empresarios, asistieron a escuelas públicas y privadas. La abrumadora mayoría de los intelectuales, los políticos y los hombres de negocios se han educado en escuelas públicas, pero una proporción mucho mayor de los hombres de empresa se ha graduado en instituciones privadas. Además, las instituciones de la ciudad de México han dominado en la experiencia educativa de los políticos y los intelectuales, mientras que buen número de los hombres de negocios han surgido de instituciones regionales, sobre todo del norte del país.

Dado que la educación pública se ha deteriorado en términos de calidad y dado que se han incrementado las opciones privadas de calidad, cada vez es mayor el número de élites que eligen una educación privada,

en especial en los niveles secundario y preparatorio. Estas opciones reflejan una diferencia de valores, acentuada por el hecho de que los tutores políticos, intelectuales y empresariales imparten clases en estas instituciones más nuevas. Mientras que los patrones educativos de las élites tendieron hacia una creciente centralización de las experiencias durante la década de los sesenta, en las últimas dos décadas tomaron el rumbo opuesto. Sin embargo, si en su mayor parte estos grupos dirigentes se educan en instituciones privadas, las experiencias compartidas serán aún más íntimas que en el pasado.

Finalmente, la biografía colectiva sugiere también que las experiencias educativas de la élite se inclinan cada vez más a instituciones fuera del país. La Iglesia ha formalizado este proceso como parte de su educación para los obispos. Casi todo el clero de alta jerarquía ha estudiado en el Colegio Pío Latinoamericano de la Universidad Gregoriana en Roma. Esto no sólo tiene ciertas implicaciones para una orientación filosófica compartida, sino que también expone

a los obispos mexicanos a numerosos estudiantes de Latinoamérica. Los intelectuales, los políticos y los hombres de negocios se están formando en las universidades del extranjero, especialmente en los Estados Unidos e Inglaterra. Estas experiencias educativas tienen también importantes consecuencias para cada una de las comunidades de líderes, así como para las relaciones entre una comunidad y otra.

La burocratización, la centralización y la educación institucionalizada son tan sólo tres de las tendencias imbricadas que han caracterizado a las élites y que han provocado tensiones en el interior de estos grupos dirigentes y entre éstos y la sociedad en su conjunto. Cada una de estas tendencias no sólo tendrá un efecto en la supervivencia del actual grupo dirigente, sino también, en la influencia de cada comunidad de élite en relación con las demás comunidades de élite rivales. En una serie de ensayos subsiguientes, exploraré con mayor precisión las consecuencias de estos tres patrones para grupos dirigentes individuales.

